

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 30 de octubre de 1874.

Núm.º 12.

TIEMPO Y ESPACIO, naturaleza ó realidad del Sér Supremo.

El es del Espacio, es el es de todo es:—es así, que el Tiempo es ese es:—luego, el Tiempo es el Sér Supremo.

(CONTINUACION.)

Y si se objeta ¿cómo es que no distinguiéndose realmente la naturaleza divina de las tres adoradas Personas, no puede decirse que encarnaron la Tres, y aun si se quiere la naturaleza, una vez que ésta no se distingue realmente de la Persona? Contestaremos que el Verbo divino, el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, no comunicó al cuerpo formado por la virtud omnipotente del Espíritu Santo en el seno de la Inmaculada Virgen María en el instante mismo de unirse á este cuerpo el alma creada por Dios mas que su subsistencia personal; y como por esta se distingue realmente de las otras dos divinas Personas, se sigue la imposibilidad de que encarnara el Padre ó el Espíritu Santo: menos aun la naturaleza, porque la subsistencia personal, que era sólo lo que faltaba á aquella alma y á aquel cuerpo dichosos para resultar hombre perfecto, és propia de la persona del Verbo, Esto en eña y ha enseñado siempre nuestra Santa Madre la Iglesia, ya dispersa, ya congregada, contra sus rebeldes y refractarios hijos. (1)

Vamos á otro punto. Dice el Sr. Vicetto: «Este hombre (el formado por su *autotélica* intelectua) fué Jesucristo. Y Jesucristo tenía la naturaleza humana (y la tiene y la tendrá para siempre) en cuanto á la forma ó materia, (en que quedamos: no es lo mismo materia que forma) pues sino no sería hombre; pero en cuanto á la idea, al

espíritu, jamás dejó de ser divino, porque era esencia del mismo Dios. esencia encarnada para efectuar la redención social.» Ya hemos manifestado el sentido en que Jesucristo puede llamarse divino. La naturaleza humana en su ser real es la unión íntima del alma, sustancia espiritual, con el cuerpo orgánico, sustancia material: de modo que el compuesto que resulta de la íntima unión de estas dos sustancias, espiritual y material, constituye la esencia física de la naturaleza humana; en tales términos que el cuerpo *habetur per medium matericæ* y el alma es su forma sustancial, como definió el Concilio Vienense: así que Nuestro Señor Jesucristo por el cuerpo y por la forma espiritual y sustancial, no era ni es Dios, ni divino, sino puro hombre, y por consiguiente criatura la naturaleza humana que tomó. Si no admite el Sr. Vicetto en la naturaleza humana de Jesucristo más espíritu que la divinidad, tendremos renovado el error de algunos arrianos que sostenían que el Verbo divino hizo las veces del alma humana, mientras que admitía en Jesucristo una alma sí, pero irracional; de los cuales se reía grandemente San Agustín: *deberunt ei, id est Verbo, animam pecuñis, subtraxerunt hominis.* (1)

Vuelve otra vez con la «esencia encarnada para efectuar la redención social.» En estas palabras se epilogan los errores del impío Orobio del judaizante Salvador, de

(1) La iglesia podrá enseñar eso, como fundamento de sus especulaciones; pero Jesucristo jamás lo enseñó. Jamás dijo que era él primera, segunda, tercera ó cuarta persona. Siempre dijo que todos éramos hermanos é hijos de un mismo padre, Dios. Siempre decía *Mi Padre, Nuestro Padre etc.*, véase el sermón de la montaña Jam s él dijo que era Dios. Al contrario: recuérdense sus últimas palabras: *¿Eli, Eli, lamna Sabacthaní,* esto es, Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has abandonado?

(1) Ya hemos manifestado en otra nota anterior que, nosotros, cuando escribimos eso en la Historia de Galicia, fué por que escribiendo como escribíamos bajo la férrea manopla del poder clerical, si rechazábamos la divinidad de Jesús no nos permitirían publicar lo poco que publicamos entonces sobre la naturaleza del Sér Supremo. Hoy que felizmente no nos hallamos en igual caso, hoy que hay libertad de conciencia, hoy que el hombre es *persona* y no *cosa*, no comprendemos más divinidad que la del único sér que existe *por sí*, la del espíritu puro *és de todo és*, Tiempo y Espacio. EL ES SUPREMO no puede ser más ni ménos de lo que és y en eso consiste su mayor perfección. Por centésima vez volvemos á repetir, que el antropomorfismo ya caducó, y no puede admitirse en serio sino entre gentes oscuras. El antropomorfismo no es ni más ni ménos que un *modus vivendi* de una gran sociedad explotadora ..

los San Simonianos y de los modernos racionalistas, no viendo más en el Divino Redentor sino el fundador de una temporarily dicha sociedad, otros el restaurador de las libertades políticas del pueblo hebreo, y ninguno el fin principal de redimir al hombre y darle ejemplo de vida. Sigue diciendo en tono magistral: «comprendida así (del modo que él la comprende) la Divinidad por todas las inteligencias cristianas...» ¡Mentira insufrible! ¡Calumnia detestable! Ninguna inteligencia cristiana ha comprendido (mejor diría entendido y explicado) de ese modo la Divinidad; á no ser que todas las inteligencias cristianas se reflejen y hayan reflejado en la suya. (1)

Pareciéndole poco lo que deja blasfemado, añade: «Jesucristo *materialmente* no fué sino treinta y tres años.» ¿Y dónde vá ahora su sacratísima humanidad? Oígallo á la iglesia que confiesa: «*subió á los cielos, está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, (2) y desde allí ha de venir en gloria y magestad, cuerpo, alma y divinidad á juzgar vivos y muertos.*» Véase como Jesucristo *materialmente* fué más que treinta y tres años, ó como dice el apóstol: *Jesucristus heri, hodie et in æternum.* ¡Temblamos todos, Sr. Vicetto, y procuremos con un sincero arrepentimiento desenojar al que un día ha de ser juez de todos los hombres! (3) No le insultemos más: oíga-

(1) Véase la nota anterior.

(2) Esto sí que es blasfemar y en grande. Imposible, de todo punto imposible, es contestar en serio ó científicamente á estas contradicciones. Si Dios es *espíritu puro que está por igual en todas partes*, si en él no hay nada de material ó corpóreo ¿cómo puede estar nadie SENTADO á su derecha ó á su izquierda? Con gran criterio dice Flammarion en su luminosa obra *Dios en la naturaleza*: «la ignorancia ha *humanizado* á Dios; la ciencia lo *diviniza*. En otras épocas Dios fué hombre; al presente Dios es Dios. La té del carbonero, tan vulgar y tan extraordinariamente ensalzada hasta hace poco, ha dejado de ser la verdadera fé; y el *credo quia absurdum*, es otro doble absurdo. El Sér Supremo, creado *oyer* á la imagen del hombre, *vè hoy* desvanecerse poco á poco y desaparecer aquella imagen, para dejar en lugar de ella su propia *realidad sin forma* (Tiempo y Espacio).

(3) Tiemblen los hipócritas, tiemblen aquellos que *monopolizan* la creencia de Dios, y *por dinero* expiden patentes de gloria para la otra vida á fin de gozar en ella de la presencicalidad sempiterna. Tiemble la *raza de vivoras ó sepulcros blanqueados* como llama Jesús á los fariseos de siempre, á los criminales que, conscientes en su accion, torturaron á Galileo, persiguieron á Campanella, quemaron á

mos con sumision la enseñanza de la iglesia católica, apostólico-romana, y la voz de los pastores á quienes el Espiritusanto puso para instruir, gobernar y dirigir por la senda de la verdad á todos los hombres, y conducirlos al término feliz, que es la gloria, último fin para que fuimos criados. (1)

Después de asentado por el Sr. Vicetto que «Jesucristo *materialmente* no fué sino treinta y tres años,» propone la siguiente cuestion: «pero ¿se le adoró y se le adora *espiritualmente* por sus ideas, ó *materialmente* por su forma de hombre?» Esta pregunta á que parecia muy natural contestase, la deja sin resolver, acaso por no escandalizar más, contentándose con decir solamente: «Hé ahí la cuestion: hé ahí la obscuridad de los arrianos y racionalistas del día.» Pero nosotros supliremos la inocente pretension, siquiera para reparar en mínima parte las horribles blasfemias que la impiedad moderna vomita contra la adorable persona de nuestro pacientísimo Salvador. A Jesucristo le adoran y adoraron siempre los buenos católicos, tributándole el culto supremo, ó de Latria, que sólo á Dios se debe, sin separar jamás la materia del espíritu, ni una ni otra de la persona. ¿Y por qué se le dá este culto supremo debido solamente á Dios? Porque la adoracion es siempre de cosas subsistentes; y como la humanidad de Jesucristo ni existe ni subsiste realmente sino por y en la Divina Persona, de la que jamás se ha separado ni se separará, se sigue que en ello se adora al Dios que la sustenta: á la manera que en un general ó en otro elevado personaje se acata y reverencia la persona, y no la faja que ciñe ó vestido que le cubre. (2)

Savaránola, martirizaron á Vanini y despedazaron á Urbano Grandier etc., etc.

(1) ¡Cuánto pudiéramos escribir sobre esto si valiera la penal! Pero ya lo hacen por nosotros los periódicos de Madrid, refiriéndose á la criminalísima *Bula di Componenda*, bula que trasforma á la Sicilia en un país de cafres: bula de composicion que tambien existe para España.

(2) Si Jesucristo está SENTADO á la diestra de la Divinidad, no es la misma persona de la Divinidad; porque la *personalidad* no pertenece sino á un sólo sér ó entidad. Esto es clarísimo á todas luces. Ergo, entonces ¿como comprender lo que quiere decir el Sr. Obispo en un párrafo tan largo como oscuro y contradicto io?

En estos momentos, leemos en un periódico de Valencia:

«Un rayo que cayó en el casilicio del puente de

Pasa en seguida á «evidenciar con más claridad la manifestacion,» y á este propósito formula las siguientes preguntas y respuestas: «¿Qué es divino? lo que no es humano.» Dejando lo dedar más claridad á la evidencia: ó evidenciar con más claridad, saquemos esta consecuencia: luego todos los séres creados, fuera del hombre, son divinos; porque el hombre es humano. Esta consecuencia la previene el señor Vicetto diciendo á renglon seguido: «Ahora bien: la luz, el aire, la mar, la tierra, etc., son divinos? No: porque fueron creados, y como creados pueden dejar de ser.» Luego estos séres por ser creados no son divinos- y como es humano lo que no es divino segun acaba de decirnos, tendremos que a luz, el aire, la mar, la tierra, etc., serán humanos. Aquí no hay violencia en la deducccion; fluye espontaneamente de sus premisas: como que la refuerza á continuacion. «Y el tiempo ¿es divino? —Si; porque no fué, ni es, ni puede ser humano.» Más, como no es divino lo que puede dejar de ser, sino que ha de dejar de ser *et tempus non erit amplius*: (1) luego ni es ni puede ser divino. ¡Qué cúmulo de delirios!

Despues de volver á hacer hombre á la *divinidad tiempo sin dejar de ser todopo-*

Mar, donde se halla la imágen de Nuestra Señora de los Desamparados, arrancó á la imágen la cabeza y parte de la espalda etc.»

Ahora bien; si la humanidad de Jesucristo subsiste realmente por y en Dios ¿como no detuvo ese rayo que destruyó la imágen de su madre, ó como el rayo no *respetó* una cosa que tanto, tanto y tanto significa respecto á la *divinidad* de Jesús? —En qué quedamos? Si Jesucristo es divino, por mucho que le ofendan los hombres, no llega á lo que lo ofenden los elementos, *creacion* de Dios. ¡Hé ahí á donde os condujo vuestro antropomorfismo, a representarnos a Dios en lucha con su propia madre,—como si el verdadero Sér Supremo, *inmaterial* por *esencia*, tuviera algo que ver con vuestro quimerismo ó *latria* material, y como material grosera!

Preparad una *funcion de desagraftos* contra los efectos de la cólera de vuestro Dios X, que no perdona ni á su misma madre. ¡Ah, cómicos!

(1) Con perdon de San Juan, San Protasio y San Cirilo, el *es* del Espacio (Tiempo) nunca, nunca y nunca pudo, ni puede, ni podrá dejar de ser. Esto lo concibe hasta el entendimiento más obtuso; luego, el Sr. Obispo ha querido bromearse con nosotros, lo que no sentaba bien á su carácter prelacial. ¿Cómo se puede concebir la desaparicion ó extincion del Espacio? Imposible de toda imposibilidad, — y no pudiéndose extinguir el Espacio, claro está que no puede extinguirse su *es*, el Tiempo.

deroso, y de decir que «al hacerse hombre como materia fué humano, como espíritu fué divino,» propone y resuelve la objecion que oponerle pudieran los doctores de su razonamiento, en estos términos: «En ese caso todos los hombres son hermanos en cuanto á la materia y divinos en cuanto al espíritu. —Hé ahí el error: nosotros pudiéramos haber existido *antes*, en espíritu, y subsistir, en espíritu, *despues* de la muerte, pues lo afirma el dogma, pero *seríamos y seremos* espíritus creados y finitos; jamás *increados* ó *eternos* como el Tiempo, Dios, Jesucristo.» (1) ¿Conque el dogma afirma la posibilidad de subsistir en espíritu despues de la muerte, ó el hecho de que subsistiremos y existiremos para siempre? El espíritu, segun afirma el dogma, subsiste despues de la muerte y eternamente, y la materia en la resurreccion general volverá á unirse á él para no separarse jamás: *creo la resurreccion de la carne y la vida perdurable*. Las verdades de fé no son ni pueden ser problemáticas, sino ciertas y evidentemente creibles á causa de las dos autoridades infalibles en que se apoyan, Dios y la iglesia; y habiendo Dios revelado y la iglesia enseñado siempre que hemos de resucitar algun dia con este mismo cuerpo para nunca más morir, para vivir eternamente, ¿cómo hay valor para enunciar en sentido dubitativo ó de posibilidad estas dos consoladoras verdades, existencia eterna de nuestro espíritu despues de la muerte, y de la materia ó cuerpo juntamente con el espíritu despues de la resurreccion? (2)

PONCIANO, Obispo de Mondoñedo.»

(Se continuará).

(1) Volvemos á repetir que lo que escribimos entonces *admitiendo la divinidad de Jesucristo*, fué de un modo violentísimo, á causa de la presion que ejercia el clericalismo sobre la libertad de conciencia. Por consiguiente, confesamos con la mayor sumision por quinta vez, que la consustanciabilidad que pretendíamos establecer entre el hijo del carpintero de Nazaret y el Sér Supremo, fué lo más monstruoso que pudimos escribir, por la sencilla razon de que Dios no puede ser *más* ni *ménos* de lo que es, en su perfectísima inmutabilidad.

(2) Convenimos en que la muerte es el principio de la vida verdaderamente espiritual, pero en lo segundo, la resurreccion de la carne, no. Si esto último fuera posible resultaria una contradiccion patente con lo de *pulvis eris et in pulvis reverteris*, —verdad evi-

Á GALICIA

...la orgullosa
con sus parrales umbrios
y sus prados,
y con su gente animosa,
valles, montes, mares, ríos
y arbolados.

I.

Dencansaban tus celtas entre encinas,
ó tal vez cada tribu allá en sus *Castros*
¡gloria á Teúl! decía en sus cantares,
cuando Tiro y Sidon ven tus marinas,
y en ellas de oro rastros
al punto con sus naos surcan tus mares.
Bien el celta ha sentido el presuroso
batir de los remeros,

dentisima en cuanto al cuerpo por que todos los días
la estamos viendo.

Este *juicio final*, llevado á cabo no por Dios, si-
no por Jesucristo, parece mentira que aún se sos-
tenga. Es la broma de las bromas. ¿En dónde,
cómo, el Sér Supremo pudiera preguntarnos nada,
fuera cual quisiera el *cambio* ó modificación que
efectuara nuestro sér, *que él no sepa mejor que no-
sotros?* ¿Cómo pudiéramos cometer crimen ó falta
que pasara desapercibida á su ubiqüidad (Tiempo y
Espacio)? ¿Quién sabe más de nuestra propia vida,
él ó nosotros? Pero... ¿á qué proseguir si la clerica-
lla no debe ser contestada en sério?

Nuestro *yo*, nuestro *es* consiste en nuestro espíri-
tu, en lá iluminación interior de nuestro cuerpo; no
en nuestro cuerpo; — pues nuestro cuerpo se *renue-
va* sin cesar como la sangre segun la Antropología,
de modo que el de ayer no es el de hoy ni el de
hoy será el de mañana, sin embargo de permane-
cer inalterable nuestro *yo* ó nuestro espíritu. ¿Con
qué carne y sangre debíamos *resucitar* si la renova-
ción es activísima por más que nos parezca imper-
ceptible? ¿Qué farsantes!

La resurrección, pues, de la carne es una inven-
ción grosera, — propia de aquellas épocas rudas en
que apenas se conocía por la generalidad la vida
del espíritu, y había que *materializarlo* todo para
que el vulgo comprendiera lo poco que entón-
ces comprendía: de aquí se siguió también la inven-
ción del Infierno con sus llamas materiales, cosa que
nos admira ver defendida aún por el clericalismo.
En pleno siglo XIX, la ilustración general demanda
con urgencia que se depure al cristianismo de todas
esas patrañas que lo oxidan más que lo abrillantan.
Ya no nos hallamos en aquel atraso intelectual en
que creíamos que no había más vida que la de la
Tierra y la vida eterna, — y, propiamente hablando,
no existe esa vida eterna. Estos dos términos son
contradictorios. La humanidad no acaba su carrera
en dos vidas: está destinada á desarrollarse infinita-
mente en lo infinito del Tiempo y del Espacio por
medio de una sucesión infinita de períodos *finitos* ó
determinados, cuyos límites precisos ó fórmulas de
esa *modalidad* ó cambios de ser son el nacimiento y
la muerte. Tales la misión de la humanidad, la mi-
sión de todos los séres. Es la consecuencia necesaria
de la infinidad relativa de su esencia, — y bajo

y bien pudo al fenicio codicioso
oponer en la playa mil aceros:
mas hánle sus palabras adormido,
soñóle amigo que con él partía
cuando la tibia tierra producía,
y en paz celta y fenicio se han unido...

II.

Roma entón-ces nacía
en brazos de guerreros y pastores,
crece y rugiendo empieza sus furores,
llena de astucia, llena de osadía.
Nútrase de naciones,
y ni los huesos deja de su presa,
ó si los deja en fétidos montones
es que roerlos ha con menor priesa.
Su bebida es la sangre de los hombres,
y su placer destruir, borrar los nombres
de cuantos pueblos huella,
y bárbaros los nombra desdeñosa.
¡Bárbara sólo alla,
que el órbe entero desoló ambiciosa!
Tú, Galicia, también al fin caiste
exánime á sus golpes repetidos,
y romana te hiciste,
des que fueron tus bríos abatidos:
más vino un día en que te vió la historia
el vasallage vil, duro, inclemente,
lanzar bien léjo por contrarias vías,
y en ese tiempo de inmortal memoria
ufana alzaste la laureada frente,
y viéndote señora, sonreías.

III.

Los brazos estendi-
desde el Ibero al Douro, (1) tu taviste
bajo el manto purpúreo ondeando al viento
pueblos, villas, ciudades ciento á ciento;
tus buques se alejaban atrevidos,
hasta ser por los hielos de enidos,
y á las costas bretonas
por la lejana Albion los dulces lares
le ves abandonar, y dar la vida (2)
á esa reina tirana de los mares,
que allá despues envió desgracedida
contra su misma madre al fiero Drake, (3)
que tras sangriento ataque,
te deja en llanto y orfanad sumida.

IV.

También el vil normando
sus naves contra ti sagaz previene,
ay! miralo; ya viene

este punto de vista la muerte es el comienzo de una
vida nueva ó nueva *modalidad* de ser, como el na-
cimiento es la cesación de la vida anterior.

Cuando la ciencia proclama esto ¿cómo y en
donde se celebrará ese *juicio final*, y nada ménos
que por Jesús?

(Se continuará).

BENITO VICETTO.

(1) Los límites de Galicia fueron al S. el río Due-
ro, al E. la línea que vá desde las fuentes del mis-
mo á Fuenterrabía y al N. y O. los mares cantábrico y
océano.

(2) Los gallegos enviaron colonias á la gran Bre-
taña.

(3) Francisco Drake, inglés que saqueó la Coruña.

su envanecida flota bajo el mando
de los géneos maléficis; tu orilla
besa la aguda proa; el alta quilla,
de corsarios preñada,
te amenaza, Galicia valerosa,
de bierro y rocas mnéstrale erizada;
más el normando el desembarco o-a,
y entónces á la vez de un sólo hombre
de esclarecido nombre
las turbas de gallegos dirigidas,
cual rayos en los bárbaros cayeron,
y en polvo convirtieron
las espantosas huestes aguerridas.

V.

Galicia reina fuiste,
tu trono circundaba augusta pompa,
lengua á la España diste, (1)
y ¿dó están hora los excelsos reyes
las glorias, los blasones
de los tiempos heróicos? ¿tus campeones?
La que dictó propicia un día leyes
es hora avasallada,
y besa el escalón del trono hispano.
Vedla ahí, ni una mano
su llanto enjuga y su lamento acalla.
Ya los astures ponen alta valla
con enormes peñascos á su imperio:
y donde el Miño buyendo el cautiverio
de frondosas y verdes espesuras,
y dó cansadas de fuldear alturas
y de giros sin fin, el mar parece
que van á reposar sus ondas puras;
allí, Galicia tu region fenecce.

Más nó tu fíz se a-ombre,
si oprimida te vés en cerco estrecho,
que la grandeza de tú excelso nombre
reside de tus hijos en el pecho,
y han de cantarla con robustas voces,
de clara trompa al retumbar profundo,
y las auras vé oes
llevar sus cantos por el ancho mundo.

J. M. Gil.

Santiago—1850.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA

EL PUENTE DA.

V.

Más crímenes.

Don Gutierre salió en seguida de la cámara de su esposa, y al entrar en la suya se dejó caer en un sillón con las manos en la frente como si le atormentara el crimen que acababa de perpetrar en el silencio de la noche.

Al poco tiempo, y á la incierta luz de la lámpara que iluminaba aquella cámara, la siniestra figura de su escudero Nuño Perez de Continó, se recortó en la sombra, callada é inmóvil junto á la puerta.

(1) «No há mucho tiempo cualesquiera decidores de estas partes agora fuesen castellanos, andaluces, ó de la Extremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguese.» Marqués de Santillana.

—Nuño ¡amó el señor feudal, acércate, Nuño. Y se levantó del sillón con ligereza.

Acercóse el escudero silenciosamente, y se inclinó ante la presencia de D. Gutierre.

—Que salga inmediatamente Payo Doncos al castillo de Vahamonde, le dijo; y que avise á mi padre que mañana sin falta, á las ocho de la mañana lo espero aquí para asuntos de gran importancia.

—Está muy bien, señor, contestó el escudero retirándose para cumplimentar aquel mandato.

—Espera, Nuño, espera; volvió á decir el castellano deteniéndole; que te diga que estoy muy malo... que me ha dado un accidente... cualquier cosa... y que estoy en peligro de perder la vida.

—Muy bien, señor; contestó Nuño.

Y se retiró.

Don Gutierre se quedó solo en la cámara.

Se puso á pasear apresuradamente; pero una debilidad extrema parecía sugetarlo en el sillón, y á la media noche se quedó dormido en él profundamente.

Quando despertó al día siguiente, mandó á su escudero que le ensillara un caballo, y que le acompañara por el camino de Vahamonde.

No tardaron mucho tiempo en salir ámbos del castillo, y costeando el lago se perdieron entre arboledas de Velote.

Estaba la mañana fría y oscura; un viento fuerte agitaba con violencia las ramas de los árboles, y caía una lluvia menuda, incesante y helada que se hacía tan insoportable como la nieve.

Al poco tiempo cedió esta lluvia menuda, y la atmósfera se pobló de ligeras espumas de hielo, de esas pequeñas partículas de nieve que se parecen en su descenso á un diluvio de hojas de rosas blancas.

Al poco tiempo también, y á pesar de la nieve que alfombraba los campos y vidriaba la superficie del lago, un jinete apareció en la encrucijada de Velote envuelto en una ancha capa y cubierto con un sombrero de paño negro, de ala ancha y á la leonesa.

Quando se encontraron aquellos cuatro hombres, pues también al recién venido le seguía un criado, pudieron reconocerse á pesar de lo que se cubrían el rostro con sus sombreros, para evitar la frialdad de los copos de nieve que continuaban cayendo sin interrupción.

Al mirarse, pues, los dos primeros jinetes, se reconocieron al instante. D. Gutierre conoció á su padre en el caballero que cabalgaba desde Vahamonde envuelto en una ancha capa y con el sombrero leonés sobre los ojos.

—Gutierre... hijo mio; dijo con alegría el anciano caballero, ¿cómo te encuentras en estos sitios si ayer me mandaste á llamar al castillo de Vahamonde porque según tu mismo mandato te hallabas á las puertas del sepulcro?

—Eso fué una supercheria, señor; contestó don Gutierre con una sonrisa siniestra. Eran tantos mis deseos por veros, que me valí de ella para que regresáreis pronto á vuestro castillo de Parga.

Su padre lo miró con extrañeza, y á no continuar menudeando los copos de nieve, de seguro que hubiera parado su cabalgadura para estudiar en la fisonomía de su hijo el origen de aquel vértigo que lo arrebatava.

—Gutierre, hijo mio... dijo por fin el antiguo

infanzon, interrumpiendo el siniestro silencio que guardaban largo tiempo; sin duda pasa alguna cosa fatal en el castillo, y tú quieres ocultármelo. Gutierre, hijo mio... prosiguió dulce y cariñosamente, no me ocultes nada, que á mí me sobra valor y resignacion para todo... Habla, habla, hijo mio.

Y detuvo su cabalgadura, á pesar de la nieve que descendía en menudos copos.

Habian pasado ya el lago, y se paraban al pié de un puentecito de madera, próximo á arruinarse por sus años de servicio; el cual se hallaba en el mismo punto en que hoy día se vé el sólido y elegante de piedra sillería que al formar la carretera se edificó en su reemplazo; pero que sin embargo de esta metamorfosis, desde la tarde que acaeció la terrible escena que vamos á referir, conserva el mismo nombre que encabeza esta leyenda, nombre que el puente viejo trasmitió al puente nuevo como un padre á un hijo su apellido.

—Habla, hijo mio, habla, volvió á suplicar aún el antiguo castellano de Parga; ¿qué sucede en nuestros estados que te encuentro sumamente demudado y pálido?

Entonces D. Gutierre volvió la cabeza hácia su escudero y hácia el criado de su padre, y les hizo una seña para que no se detuvieran y pasaran por delante de ellos al castillo.

Los dos servidores se inclinaron ante los dos nobles, y pasaron; desapareciendo de la escena á escape.

Luego, al verse ya solo D. Gutierre con su padre, sus facciones parecieron hincharse, agrandarse por la cólera que rugía dentro de su pecho; y mirándolo descarada y ferozmente, le dijo con voz atronadora:

—Señor... lo que pasa... lo que pasa en nuestro castillo de Parga, es lo más escandaloso del mundo. Vos queréis saberlo. ¿no es verdad, señor? Pues oid: hay en él un padre traidor, vil, infame y desnaturalizado que se atrevió á poner los ojos en la esposa de su hijo!...

—Y... quien... ¿quién osaría tal? preguntó el antiguo señor, montándose á su vez en cólera.

—Hay... prosiguió D. Gutierre desentendiéndose de este arranque de fiereza de su padre; hay en él un padre tan cruel que ha despedazado el corazón de su hijo sin puñal, ni lanza, ni espada... pues ha seducido á su esposa baja y villanamente. Hay... hay una mujer tan liviana que olvidándose de sus deberes, tan sagrados, sacrificó á su vez el corazón del hijo en las aras de un amor adúltero... detestable...

—¡Pero, Dios mio! ¡Yo no te entiendo! gritó el castellano, espantado del delirio de su hijo.

—Hay... hay en nuestro castillo de Parga, señor, prosiguió don Gutierre con voz ahogada, hay una muger que... á estas horas está á los piés de Dios pidiendo perdon de su crimen... y este puñal le franqueó la salida para la eternidad!

Y desnudó su daga.

—¡Pero Gutierre, hijo mio...! ¿Quién es ese padre... y esa muger liviana?

—El padre, sois vos, señor; y la muger, es mi esposa doña Leonor de Tãmboga!

La emocion le embargó la voz al antiguo señor feudal. Su amor, su adhesion á Leonor nada habia tenido de impúico. Es verdad que era ex-

cesivo el amor que la profesaba; pero jamás concibiera la menor idea que pudiera ofender su honra, la de su hijo y la suya misma.

Asi que, al sentirse acusado de una falta que ni mentalmente concibiera, toda la sangre se le agolpó á la cabeza, y un trastorno terrible dominó sus facultades morales é intelectuales.

Tan sólo pronunció estas palabras con desgarrador acento; palabras con que toda su alma parecia responder á la acusacion bochornosa de su hijo:

—¡Oh! qué horrorosa calumnia, Dios mio!!

Y en seguida plegó las manos sobre el pecho, y elevó al cielo los ojos como buscando á Dios por juez de su inocencia.

En aquel instante cedió como por encanto el descenso de la nieve, y el sol, pálido y frio, se re-cortó en el firmamento entre argentados celajes.

A esta impresion vivificadora de la naturaleza, la escena no cambió en nada. D. Gutierre continuó con el puñal en la mano, que apretaba convulsivamente, y con los ojos en el rostro de su padre, que devoraba con fiereza salvaje.

—Señor, gritó don Gutierre; el cielo mismo parece animarme á la venganza, al castigo de vuestras culpas... Señor, tended vuestra última mirada sobre este pais donde vivisteis como un Dios, porque el puñal que asesiné á Leonor ayer, os va á asesinar á vos hoy.

Y se acercó á su padre con ademan sombrío.

—¡Oh, esto es horroroso...! horroroso! tartamudeó el anciano caballero. Es imposible que Dios consienta estos crímenes, ni que tú tengas valor para cometerlos.

Y en esta confianza, se arrojó de su caballo rápidamente, y arrodillándose sobre los carcomidos tablonos del puentecito, se desabrochó el gaban, y mostrando su desnudo pecho, gritó con una resignacion admirable:

—Dá, hijo infame, dá.

Ciego, desatentado y frenético, don Gutierre se arrojó tambien de su caballo. Clavó en el infanzon los ojos con una ferocidad horrible... apretó los dientes y con rajo los músculos espantosamente como para destruir alguna impresion piadosa, y levantando el puñal, lo enterró tres veces consecutivas en el pecho de su padre.

¡Ni un suspiro, ni un ay, ni una palabra resonó en el valle.

No [se oyeron otras palabras desde aquel momento que las que pronunciara el caballero ántes de espirar; palabras que terminaron con el DA, nombre que desde aquella mañana tomó el mezuquino puente que fué teatro de una escena tan horrorosa y sangrienta.

B. VICETTO.

(Se concluirá.)

¡ORAD!

«Rogad con fervor y anhelo para que á su puerto arriben: la oracion de los que viven abre á los muertos el cielo.»

L. M. de Larra.

Al escuchar las campanas que dan sus sonos al viento,

por los que guardan las tumbas,
 orad, orad en silencio!
 Bajo las pesadas losas,
 adorno del cementerio,
 de los que fueron en vida,
 yácen en polvo los restos.
 Hoy que el tañir de los bronce
 os convoca con su acento;
 hoy que á consagrar os llaman
 una memoria á los muertos,
 elevad enternecidos
 vuestra plegaria al Eterno:
*la oracion de los que viven
 abre á los muertos el cielo!*

—
 Cuando en el sér animado
 se extingue el vital aliento;
 cuando el labio tembloroso
 lanza el suspiro postrero
 y de la muerte el impulso
 roba al ojo el movimiento,
 los latidos acallando
 del corazon en el pecho,
 se apaga con un gemido
 el alma que deja el cuerpo
 y que se mece en las nubes
 vagando en el firmamento.
 Para su eterno descanso,
 alzá á Dios vuestros ruegos:
*la oracion de los que viven,
 abre á los muertos el cielo!*

—
 Cuando doblo con mi planta
 las yerbas del cementerio,
 miro á través de las losas
 como yácen en su sueño;
 los que á mi lado vivian
 y á mi lado fenecieron.
 Parece que á mis oidos
 vienen rápidos los ecos
 de sus voces, que me gritan:
 reza, reza por los muertos!
 Cuando se mueven mis labios,
 modula la lengua un rezo;
 levanto á Dios mis miradas
 y otra vez repite el eco:
*la oracion de los que viven,
 abre á los muertos el cielo!*

—
 Las brisas murmuradoras
 que al pasar dejan un beso;
 los apacados colores
 de aquellas flores de muerto;
 la magestad impasible
 del ciprés que mueve el viento,
 las pobres cruces que marcan
 de algun cadáver el lecho
 y la tierra humedecida
 por las lágrimas del duelo,
 forman el triste conjunto
 que infunde al alma respeto
 y hace doblar la rodilla
 para alzar á Dios el ruego,
*que la oracion de los vivos
 abre á los muertos el cielo!*

—
 Ante la muerte se olvidan
 los mundanos pensamientos;
 ante la escondida fosa
 rasga la verdad su velo
 y enseña tras de las nubes
 otro mundo verdadero,
 donde á penetrar no alcanza
 de las pasiones el hielo;
 donde sólo el bien se aloja
 y es la igualdad un precepto;
 otro mundo, donde tienen
 todas las almas su centro,
 y al dejar á la materia
 necesitan nuestros ruegos,
*que la oracion de los vivos,
 abre á los muertos el cielo!*

—
 Cuando abandone esta vida
 por cuyo estrecho sendero
 cruzo, errante peregrino,
 llevando mi fé en el pecho;
 cuando en la paz del sepúlcro
 descansa, sin vida, el cuerpo,
 nadie llorará en mi tumba,
 nadie me dará un recuerdo.—
 Pero en medio de la noche,
 como palido lucero,
 mi alma, flotando entre nubes,
 vagará en el firmamento
 y os dirá con sus gemidos,
 mendigando vuestros rezos:
*la oracion de los que viven,
 abre á los muertos el cielo!*

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

2 de noviembre de 1875.

BIBLIOGRAFIA GALAICA.

OBRAS COMPLETAS DE D. BENITO VICETTO.

Uno de nuestros editores de Galicia, en correspondencia ya respecto del asunto con el autor, desea llevar á cabo publicacion tan interesante para el país, puesto que dichas obras versan todas sobre puntos importantes de su historia,—algunas de las cuales han obtenido el honor de ser reproducidas en España *once veces* como *El Último Roadé*, sin contar las ediciones que se hicieron en Ultramar.

Hé aquí el catálogo de ellas:

NOVELAS HISTÓRICAS.

Los Hidalgos de Monforte.
 El Lago de la Limia.
 Rogin Rojal, ó el page de cabellos de oro.
 El Caballero de Calatrava.
 Los Reyes nuevos de Galicia.

TRADICIONES CABALLERESCAS.

Crónicas españolas.
 Crónicas galaicas.

NOVELAS SOCIALES Y DE COSTUMBRES.

El Último Roade.
Cristina, páginas de un diario.
Las tres fases del amor.
El Conde de Amarante.
Magdalena, páginas de una pasión.
La Baronesa de Frige.

Ecos del alma, poesías.
El Arquero y el Rey, drama.
Diario de un calavera, cuadros de costumbres.
Horas de insomnio, colección de leyendas históricas, cuadros sociales y artículos literarios.
Historia de Galicia, desde la época primitiva hasta el reinado de Isabel II.

Toda la edición de las obras completas del señor Vicetto, constará de 50 volúmenes de 200 páginas cada uno y á 4 rs. precio. La tirada será de 1,000 ejemplares. El editor ofrece al Sr. Vicetto 1,000 rs. por cada volumen, que constituyen la cantidad de 50,000 rs., y el Sr. Vicetto quiere 2,000 rs. por volumen, ó sean 5,000 pesos.

Para zanjar esta diferencia de apreciación, el editor persiste en una avenencia; pero el Sr. Vicetto rehusa, puesto que la colocación de más de la mitad de los ejemplares es segurísima en Ultramar, donde tanta demanda hay de dichas obras entre los gallegos que residen allí.

LA VIDA.

A mi amigo el inspirado poeta D. Benito Vicetto.

Quezais celeste reminiscencia
es d' outra vida que pasey xá:
Non sey quen eres, quezais presagio
d' outra existencia, q' inda virá.

E. Pondal.

I.

¿Dó vá el corcel salvaje, bufando estremecido
y al aire tremolando la enmarñada crin?
Sangrienta la mirada y el hálito encendido
cubierto vá de espumas, precipitado Rhin.

Las áridas llanuras en nubes se levantan,
las flores de los valles desgarránse al pasar,
las rocas centellán, las guijas se quebrantan
al vigoroso azote del rudo galopar.

El huracan bravo, sintiendo su carrer,
airado despertóse rugiendo á su alrededor,
soberbio á detenerle voló; ¡nécia quimeral
redobla su galope, redobla su vigor.

Sus alas resonantes el huracan despliega,
la crespaa crin sujeta del volador corcel,
con polvorosas ráfagas delante de él le ciega,
con polvorosas ráfagas rugiendo va en pós del.

Y gira; y se revuelve, bramando de despecho;
cobarde retrocede y tórñase á lanzar;
y á veces al tocarle con su robusto pecho
derribale el caballo, gigante al galopar.

II.

Así de sus pasiones al impetu violento
lanzando el hombre corre con fèrvida embriaguez,

las flores de los valles las mata con su aliento,
cenizas deja estériles en donde sienta el pié.

Para domar potente juzgárase con brio
la ronca voz del trueno, la cólera del mar,
para del mundo odioso cambiar á su albedrio,
después de tantos siglos, la encanecida faz.

En vano de la vida vendrán los huracanes
su poderoso empuje, rugientes á torcer.
¡Escollos quebradizos! ¡inútiles afanes!
¿Si el corazón no quiere, podránle detener?

En vano el sacerdote fanático, severo,
con látigo sangriento su frente ceñirá.
—«No creas, obedece;» te ruge ¡Majadero!
¿qué importa para el alma sin fé ni libertad?

El corazón avaro de glorias y ventura
devora de la vida la senda funeral...
¿Si Dios hizole bueno, si Dios le dió ternura
porqué son los pesares el premio que hallará?

¿Qué infierno más horrible que un corazón que llora
desde el fatal instante que lo miró nacer?
¿Qué infierno más horrible? ¡verdad desgarradora!
La vida en este astro, vida de infierno es.

III.

Mil veces, triste y solo, reminiscencia vaga
de una pasada vida hallé latiendo en mí;
balsámica, suave, celeste el alma embriaga
¡perfume de otros mundos que ignoro donde vil

Recuerdo, sí, otra vida de paz y de ventura,
traquila como el aura del amoroso abril,
como el suspiro leve del mar cuando murmura
meciendo en sus espumas al céfiro gentil.

Recuerdo sí, otra vida purísima y dichosa,
tan bella que no alcanzo su faz á modelar...
...Así cual melancólica sonata misteriosa
de música lejana perdiéndose en el mar.

Así como esa lánguida tristeza que consuela
cuando al mirar la luna se ensancha el corazón,
como ese afán sin nombre del alma que desveía
la timidez dulcísima de su primer amor.

Recuerdo, sí, esa vida que, sonriendo el niño,
dormido allá en la cuna parece recordar,
cuando, sus manecitas tendiendo con cariño
por la vacía atmósfera, le oímos murmurar.

Recuerdo, sí; más quiero fijar el pensamiento,
profundizar sus límites, su imagen definir;
y al corazón entonces oprime el desaliento;
que sueños y esperanzas huyéronse de mí.

Vagando solitaria por el pinar sombrío
que lánguido se mece sonando a mi alrededor,
en una barca sólo, sin rumbo, por el río
de noche oyendo el canto del triste ruiseñor:

Mirando allá en la tarde cual trepan por el monte
las nieblas de la noche con su lucero azul,
fatídico, enlutado, sin voz el horizonte,
del sol su negra pompa magnífico ataud:

Mirando de la aurora la tímida sonrisa,
las aves bulliciosas, el céfiro galán,

la blanca nubecilla, fantástica, indecisa,
y el trémulo lucero que en medio ardiente tray:

Mirando de mi amada los brilladores ojos
dulcísimos, serenos, henchidos de pasión,
risueña, suspirante y entre sus labios rojos
mi nombre resbalando, mi nombre con su amor;

Recuerdo, sí, recuerdo de una pasada historia
los ecos armoniosos, que templan mi pesar,
y pasan, vuelven, giran, vagando en mi memoria
como una arista seca, juguete de la mar.

Recuerdo, sí, otra vida de un mundo que es her-
(moso;

llorando en sus dinteles retuércese el dolor;
sus turbios ojos ciega con rayo esplendoroso
el éter refulgente, que su átomo es el sol.

Y de ese mundo al suelo malditos descendemos,
la tierra es el infierno dó el hombre ha de penar,
por no tener consuelo recuerdo no tenemos,
aquí no se merece, aquí se pena ya.

De nuestro centro fúlgido caemos desterrados
para mayor martirio buscando aquí un placer,
para mayor martirio vivimos engañados,
é impenetrables velos embozan nuestro ayer.

Al fin suena en el Tiempo de redención la hora;
su corazón el hombre sepulta en todo aquí,
y el alma en el Espacio se lanza voladora
risueña, audaz, divina y vuelve á ser feliz.

IV.

De su pasión frenética, al ímpetu violento
lanzado el hombre corre con fervida embriaguez,
las flores delicadas las mata con su aliento,
cenizas deja estériles en donde sienta el pié.

En vano de la vida vendrán los huracanes
su poderoso influjo rugientes á parar...
¡Escollos quebradizos! ¡inútiles afanes!
¿Cuál, pues, será la valla?... La muerte; nada más.

EVARISTO MARTELO.

Coruña 5 de enero de 1870.

GALICIA PINTORESCA.

EL CASTILLO DE MONFORTE DE LEMOS.

IV.

Puerta del Sur,

La situación que ocupa esa entrada en la muralla
del castillo justifica en parte el nombre con que la
distinguimos; pero es conocida por «Puerta de la
Cárcel», á causa de estar un edificio destinado á cár-
cel pública junto á los muros de esta arruinada for-
taleza, y hasta formando cuerpo con ella, sirviendo
uno de los torreones abanzados de calabozo en di-
cha prisión.

El modelo de esta puerta debió diferenciarse
de la del Noroeste por su mayor altura, por la luz
del arco, por la clase de obra y el material emplea-
do, aunque la forma en conjunto fuese igual ó muy
semejante á aquella.

Al llegar á este paso por una calle en gran pen-
diente y mal empedrada, no se vé más que el mu-
ro de la izquierda que sostenía la bóveda de la obra,
y á la derecha el corte abierto en el macizo de la
muralla con otras casas unidas á ella de más mo-
derna construcción. A estos edificios contiguos debía
seguramente estorbar el arco pesado de la entrada
y el torreón correspondiente de aquel lado: arco y
torreón que fueron derribados por la mano del hom-
bre buscando luz y ensanche entre estas ruinas, co-
mo se busca siempre el aire para respirar en pasa-
je cerrado, y cuyas piedras del derribo habrán sido
utilizadas como se utilizan las escorias de una mina
explotada y los restos de toda obra que no sirve ó
no tiene objeto y se abandona.

El emplazamiento de esta puerta, su situación,
su distancia al palacio feudal, la dirección de las
antiguas calzadas y su declive cerca del llano, reve-
lan claramente al viajero que esta puerta era la en-
trada principal al castillo de los condes de Lemos.

La clase de fábrica que vemos empleada en lo
que subsiste en pié, corrobora también la misma
opinión. El lienzo de pared aprovechado en la cár-
cel mencionada de esta villa y distrito judicial de
Monforte y que hacía veces de estribo del arco en
que terminaba el vano de que me ocupó, está cons-
truido de piedra granítica, devastada y labrada;
sentados sus sillares á hiladas corridas de bastante
altura, y formando no una sillería recta á pico fino
y escoda en que las juntas verticales se correspon-
den alternadas; pero si una fábrica de los siglos me-
dios, que si no es muy esmerada, es en cambio
sólida y de severo aspecto. En este paramento y
por la parte interior donde la puerta de madera de-
bió estar afianzada, hay unas cajas hechas en los
mismos sillares, en las que entrarían las barras de
hierro y las trancas de madera de seguridad — y á la
altura de los arranques de la bóveda que no existe
hoy, se vé saliente sobre el salmer la primer dove-
la de frente, y cuya curvatura de intrados es cir-
cular, habiéndose conservado en su primitiva posi-
ción por hallarse enlazada con el macizo sobre que
estriba, y con el salmer sobre que descansa.

Hay que imaginarse esta obra tal como debió
existir en la Edad-media, para apreciar y dar valor
á la parte arruinada de la derecha, que se domina
en toda su sección transversal, desde el piso de la ca-
lle hasta la mayor altura á que llegan las nuevas
casas construidas. Piedras de pequeño tamaño y de
todas clases, abundando el canto rodado en los re-
lentos del muro y formando con el mortero un con-
glomerado durísimo, yerbas y zarzas, flores y ár-
boles frutales, cercandó y embelleciendo este corte
elevado, dado con la piqueta demoledora que no
deja piedra sobre piedra, ni respeta los años, ni lee
en la tradición, ni comprende las ideas, ni entiende
de arte, es la vista más completa de estos escom-
bros, de este desmoronamiento colosal: es la sec-
ción de un cuerpo atravesado por el vientre, ver-
dadera entraña de una edad en putrefacción cuya
sangre era cal apagada con agua de pozo ó de río
enlodado, y cuyas venas de piedra se extendían por
todo el cuerpo del muro, como se extendía el poder
feudal en aquella maldita sociedad gangrenada.

Dejemos ahora esta puerta, cuya descripción no
puede ser bien acabada, si no pecamos de minu-

ciosos, y vamos á otra que se halla en extremo opuesto, por cuya circunstancia llamamos, aunque la orientacion no sea bien exacta

V.

Puerta del Norte

Por puerta Nueva se conoce esta entrada al castillo de Monforte de Lemos, sin podérsenos dar razón porque el vulgo así la conoce. Lo que podemos asegurar á nuestros lectores, sin temor de equivocarnos, es que esta puerta del norte, de nueva no tiene piedra: construida cuando la muralla, pues en nada se diferencia de ella por su antiguo aspecto, ni la yerba que corona su fábrica, ni la yerba que trepa lozana por sus paramentos, es de estos días; la semilla es vieja y tostada la tierra donde germina.

Esta puerta es de piedra de grano y de pizarra oscura, retorcida en cantera por el fuego subterráneo que ha respetado su formación. La obra está negra por la intemperie hasta no distinguirse bien las hiladas, ni las uniones de sus piedras en el cañón de la bóveda, pero si un cantero hábil picase los paramentos, cintase las juntas é hiciese algunas reparaciones más, tendríamos una puerta de los siglos XIV ó XV rejuvenecida como puede rejuvenecerse una muger con las aguas de cal y los carmines preparados. Tiene sus torreones avanzados y á buena altura, termina en bóveda y conserva las mismas marcas de puerta como las anteriores descritas, y en general está bien conservada. Sólo faltan algunos trozos de muro en la parte superior, faltan las almenas y aspilleras de sus torreones, falta el hierro y la madera, faltan los centinelas armados y falta el señor feudal con sus hidalgos paseándose algún día sobre estas murallas.

Una dovela del arco en el paramento interior de esta puerta, se está cayendo hace años, gracias á la dirección de sus juntas segun e radio de curvatura. Si llega á alojarse por cua quier movimiento de la fábrica y aplasta una persona al desprenderse de la bóveda, echaremos la culpa á la fatalidad: diremos que no tenía mas remedio que caer y que obedeció á la ley de su destino, de su estrella, á la ley de su masa. Claro es: los cuerpos pesados buscan su centro de gravedad, y este centro puede estar en la cabeza de un desgraciado, mientras que ahora reside en las regiones del aire y del abandono.

En el paramento exterior y sobre la clave del arco á cierta distancia, hay una piedra de armas ajustada al mismo lienzo del muro. Somos poco aficionados á la heraldica, por más que respetemos las glorias y las hazañas que ella grava y recuerda á las generaciones. No vamos, pues, hacer historia de estos geroglíficos que el pueblo no entiende; diremos sólo á los inteligentes y eruditos que son las armas de la casa de los muy nobles y poderosos condes de Lemos, y con esto ya les de cimos demasiado. Al curioso lector le basta saber que en esta piedra caliza han querido figurar en relieve dos zorras representando acaso la astucia y la habilidad de aquella aristocracia poderosa para apropiarse lo ajeno contra la voluntad de su dueño; luego un leon con dos pezuñas en tierra y dos gar-

zas en un castillo en aptitud hostil, mirando á las almenas como queriendo derribarlas, que será el emblema del poder real amenazando de muerte al feudalismo. Más abajo del castillo y de esta fiera, á la derecha de las dos raposas, guardando simetría, hay seis piezas redondas, como seis panes, mejor dicho, como seis onzas de oro ó monedas de aquella edad, para representar el orgullo, el poder, la soberbia, la tiranía, el despotismo y la riqueza de estos señores feudales, ó sean los seis roeles ó castros de los potentados condes.

La bóveda que sostiene el macizo sobre este vano, está algo más elevada que el arco de frente donde aseguraban las puertas, observando es o mis en la del Noroeste, — c rreunstancia que olvidamos de anotar entónces, — y por el frente interior de este arco hay en una tabla, tan oscura y tan negra que apenas se percibe, pintado un viril con su espacio para la hostia, sus rayos de oro y sus brillantes. Ignoramos el por qué se ha colgado esta tabla bajo aquella bóveda, de la misma manera que ha podido colocarse un lienzo borrado de un pintor de iglesia en el sótano de un convento; pero sea lo que quiera, esta tabla obliga á dar otro nombre á la puerta Nueva y le llaman *puerta del Sacramento*.

JOSÉ M. HERMIDA.

(Se continuará).

ESTE ES EL MUNDO.

LOLA.

Ay! qué ligeros corren
los verdes años,
qué pronto veinticinco
se van pasando.
Sin un mal novio
en que tender las redes
del matrimonio.

MARIA.

¿De qué te quejas, Lola,
de qué te quejas?—
No hay más dichoso estado
que el de soltera.—
Casada y viuda
he contado las horas
por amarguras.

La madre que escuchaba
los dos suspiros,
aseguró la rueca,
retorcío el lino,
dió vuelta al huso
y murmuró entre dientes:
«este es el mundo.»

EDUARDO GARNET Y ARTIME.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

D. FRUTOS SAAVEDRA MENÉSES.

Don Frutos Saavedra Meneses, Director general que ha sido de obras públicas, individuo numerario de la real academia de ciencias exactas, físicas y naturales, comendador de número de la orden de Carlos III, caballero de las de san Fernando y san Hermenegildo, condecorado con la medalla de la campaña de Africa, miembro de la sociedad geográfica de París y de la meteorológica de Francia, profesor que fué de la escuela de artillería de Segovia; nació el 25 de octubre de 1823, siendo bautizado el 27 del mismo mes en san Julian del Ferrol. Fueron sus padres D. Antonio Saavedra, propietario de Puente deume, y caballero maestrante de Sevilla, y doña María de la Candelaria Meneses; teniendo por abuelos paternos á D. José Saavedra y Parga, hacendado y vocal de la Junta superior del Reino de Galicia durante la guerra de la independencia; y doña María de los Dolores Serantes, siendo los maternos D. José de Meneses, brigadier de Armada y doña Manuela de Anido.

En 3 de abril de 1836 le fué concedido el uso de uniforme de cadete de artillería, previa aprobacion por la Junta gubernativa del colegio de Segovia de los documentos correspondientes, y en 12 de junio de 1838, entró á servir en el indicado colegio, siendo nombrado en 9 de julio de 1840 brigadier de la compañía de cadetes en premio de su aplicacion. Terminados los cursos de estudio, y despues de haber obtenido en todos ellos censuras de sobresaliente ó muy bueno, ascendió en 16 de octubre de 1841 á subteniente de artillería con destino al 4.º regimiento del arma.

En 15 de enero de 1842 pasó desde la Coruña á encargarse accidentalmente de la compañía que se hallaba en el Ferrol, donde permaneció hasta el 12 de mayo, en que se le comisionó para conducir cien artilleros á San Sebastian, siguiendo en esta última plaza todo el resto del año. En 1.º de enero de 1843, fué destacado á Irún, y habiendo sido nombrado el 24 de febrero para la segunda brigada de montaña, pasó á Teruel y Zaragoza, encontrándose á las órdenes del capitán general en los sucesos que tuvieron lugar en la capital de Aragon el 9 de junio. Trasladado en seguida á Madrid, marchó con su brigada á Córdoba y despues á Valencia, donde en 14 de setiembre ascendió por antigüedad á teniente de su arma, siendo comisionado el 8 de octubre para encargarse accidentalmente de la comandancia de artillería del castillo de Murviédro, en el cual permaneció hasta que, habiendo sido nombrado con fecha 2 de diciembre, teniente del 4.º regimiento, se trasladó á la Coruña.

En 15 de febrero de 1844, marchó destacado á Gijón, y despues de haber hecho en Oviedo durante los meses de junio y julio la saca de quintos para su regimiento, fué destinado en 21 de setiembre á la fábrica de Trubia. Continuó en el mismo establecimiento hasta que por real orden de 5 de marzo de 1845 se le comisionó para pasar al extranjero á estudiar la industria del hierro, habiendo viajado con este objeto por Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Escocia. De regreso á la fábrica en 13 de marzo de 1846, escribió con el coronel don Francisco Elorza, una *Memoria sobre la fabricacion en distintos países de las armas de fuego portátiles*, cuya memoria, aprobada por la Junta superior facultativa de artillería, se publicó en el tomo segundo del memorial de esta arma. El 10 de octubre de 1846, obtuvo el grado de capitán de infantería por gracia general, y por el desempeño de la indicada comision en el extranjero fué recompensado en 19 de julio de 1847 con el empleo correspondiente á dicho grado.

Levantó el plano de la fábrica de Trubia y otros parciales de los hornos y diversos aparatos y máquinas, los cuales se grabaron y forman parte de la coleccion de láminas relativas al mismo establecimiento. Por los servicios prestados en las nuevas construcciones y trabajos de la fábrica, se le concedió en 14 de junio de 1848 el grado de comandante, y nombrado en 6 de octubre del mismo año ayudante profesor de la academia de Segovia, se trasladó á este punto, siendo elegido en 13 de diciembre individuo de la Sociedad Económica de amigos del país de Oviedo.

En 28 de febrero de 1849, y sin embargo de que aún no tenía el empleo de capitán de artillería exigido por el reglamento, se le nombró por real orden especial, profesor de la escuela de aplicacion, poniendo á su cargo las clases de topografía y fortificacion. Ascendido por antigüedad en 30 de diciembre de 1850 al indicado empleo de capitán de su arma, desempeñó además de dichas clases, los cargos de bibliotecario y secretario de la junta de profesores, llevó á cabo varias triangulaciones y planos topográficos en las cercanías de Segovia y escribió el *Curso de fortificacion de campaña*, que sirve desde entonces de texto en la escuela, y del que se han hecho ya dos ediciones, publicando tambien autografiada la *Descripcion de algunos instrumentos de geodesia y topografía*. A los cuatro años de ejercer el profesorado, obtuvo en 8 de enero de 1853, como recompensa reglamentaria, el grado de teniente coronel de infantería.

En 4 de noviembre del mismo año pasó á Madrid por haber sido nombrado individuo de la comision encargada de formar el mapa general de España, y en 22 de marzo de 1854, salió á practicar los reconocimientos necesarios para establecer una cadena de triángulos geodésicos entre Madrilejos y la sierra de Guadarrama. Se encontró en Madrid durante los acontecimientos de los dias 17, 18 y 19 de julio de aquel año, y en la mañana del 19, el teniente general don Valentin Cañedo, le comisionó para que con trescientos hombres de infantería cubriese las avenidas del palacio de Buena-vista, habiendo permanecido en fuego y con el mando de dicha fuerza durante todo el dia. A consecuencia de este servicio y de tres informes sumamente honoríficos, dados por el director de artillería, por el teniente general D. Francisco Mata y Alós y el mariscal de campo D. Genaro Quesada obtuvo el grado de coronel de infantería. Con el título de *Apuntes para la historia de los sucesos de Julio de 1854*, publicó una relacion de éstos, que por su exactitud fué citada en las discusiones que tuvieron lugar en el parlamento á principios de diciembre de aquel año.

Continuó los reconocimientos geodésicos de Madrid á Santander, y desde este punto hasta Bayona, siendo nombrado por real orden de 9 de agosto de 1855, para dirigir en París la construccion de un nuevo aparato de medir bases, que habia proyectado en union con el comandante de ingenieros D. Carlos Ibañez. Terminada la construccion, efectuó con el indicado jefe, todas las experiencias necesarias para conocer las dilataciones de las grandes reglas metálicas del aparato, verificando con dos astrónomos del observatorio imperial, la comparacion de dichas reglas con el tipo fundamental del sistema métrico francés. En 13 de febrero de 1856, fué elegido individuo de la Sociedad de geografía de París, y en 14 de marzo siguiente, recibió el título de miembro de la Sociedad meteorológica de Francia. Habiendo en el mes de febrero de 1857 conducido á Madrid el nuevo aparato, se ocupó en redactar la obra en que debían describirse las experiencias hechas con el mismo, y de mayo á octubre de 1858, midió con otros tres oficiales en los llanos de Madrilejos, una longitud de 14 y 1/2 kilómetros que forman la base central de la

triángulacion española, publicando á fines de aquel año en union con el citado comandante Ibañez, un volumen de 400 páginas en que se describen todas las *Experiencias verificadas con el aparato de bases*, y se da noticia de los resultados obtenidos en la medicion hecha con el mismo en las cercanías de Madridejos. Esta publicacion ha sido traducida al francés por Mr. Laussedat, profesor de astronomía y geodesia, en la escuela politécnica de París.

ANTONIO DE LA IGLESIA.

(Se concluirá).

Á TÍ.

Eras niña, muy niña, y en tu frente
de nácar, te besé:
por tu conciencia límpida, inocente,
lo que pasó no sé.

Cerca ya del final tu adolescencia,
besámonos... ¡ay Dios!
Lo que entónces pasó por tu conciencia
lo sabemos los dos.

RAFAEL CAAMAÑO MARQUINA.

Celanova, mayo, 1874.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

Una romería en la Ulla-baja.

III.

A los fuegos artificiales sucede la *baila* (1) de la mañana: plato de entrada en la comida de los romeros. Entónces se divisan corrillos sentados, en pié, en los sotos, en los portillos, sobre los muros, cerca de las pipas, bajo los árboles, comiendo sobre sus blancas servilletas y corriendo de mano en mano grandes lazadas de barro con vino tinto. El encarnado de los *denques* (2), bajo el albo color de las *cofias*, y sobre el pardo de los *mantelos* (3), sostiene una graduacion pintoresca que presenta anchas fajas de colores, como los frisos fantásticos del fondo amarillo de los maizales. El átrio de la ermita es desalojado por los aldeanos: ha llegado la hora del regocijo. Se sientan sobre el césped; se agrupan bajo los árboles. Los mancebos merodean donde quiera que les llamen los recuerdos de la aldea; los ancianos descansan recostados en los troncos de los robles como los venerables patriarcas de la comarca. Las canciones se cruzan sin conclusion; los gritos se suceden á menudo. Los habitantes del valle son una familia. Si los celos se despiertan, los odios se olvidan. Si los amores se cambian, las amistades se renuevan.

A la tarde, los aldeanos sostienen la *foliada* en

- (1) Baile.
(2) Esclavinitas de grana.
(3) Sayas de paño.

el átrio de la iglesia. Son los hijos celebrando un cumpleaños ó dia de fiesta de ante de su madre. Es la despedida de los habitantes del valle: bailan á las puertas del templo cómo los antiguos levitas alrededor del arca. La romería revela la distancia á que se encuentra la aldea de la ciudad. En el átrio de la capilla se baila la *muiñeira*: en la cercana era la *schotis* y la *polka-mazurca*. Aquí *mantelos* y *cofias*: allí sombreros de viaje y capotas de baños. En el átrio *ganando* las doncellas para la *muiñeira*: en la era buscando los caballeros banquetas para las damas. El *campo* se acuerda únicamente de las que bailan: la *ciudad* tambien piensa en las que ven bailar. Como acontece en la vida social, la franqueza dura más que la etiqueta. Desfila el *público* de la *schotis* cuando se reanima el *público* de la *muiñeira*.

El sol se traspone. El relente anuncia la salida de la luna. El gentío se desparrama entre la bruma que se remonta á orillas del rio *Ulla*. Se adivinan las personas que se despiden por el eco de su voz. El polvo de las veredas fatiga los ojos. La arena de las canteras engruesa la niebla. Hachones de paja, llevados por aldeanos, anuncian la travesía de apuestas *castellanas*, que vuelven á sus palacios en medio de la indecisa obscuridad del crepúsculo. Las cabalgatas espantan á los grupos de aldeanos, que se estrechan sobre los muros para abrir paso á los caballos refrenados por sus ginetes. Sobre los álamos y alisos del valle se extiende la niebla como la mortaja de la romería. Los pinos, moviéndose en remolino, levantan sus enjutas copas, y se alejan de los habitantes del campo, como quien se arregla para dejar paso á una comitiva numerosa.

IV.

Hé aquí la hora de las tradiciones y de las fábulas. Los hachones mal apagados, las sombras misteriosas y las corrientes del rio preocupan la imaginacion de los aldeanos, y evocan en las pláticas sostenidas bajo los emparrados los cuentos populares del valle de la *Ulla-baja*.

Los moros del *Pico Sagro* traen á beber sus caballos en el *paso de San Juan da Cova* por un subterráneo, cuya puerta se adivina entre los escombros, y enturbian las aguas del rio *Ulla* hasta que se levanta la niebla para agostar los sembrados de los cristianos.

Las brujas celebran el sábado durante el invierno en el *Ponte das Donas*, y durante el verano en el *Regueiro das meigas*. A la sombra de los árboles y bajo las losas del puente esconden sus huesos encendidos y esperan á los galanes que vuelven del molino.

Los resplandores de un pantano, cuyas aguas presentan el limo verdoso de la descomposicion, descubren á la *estadeira* (1), que espía en las encreujadas á los habitantes del valle.

En la *torre de la Barreira* se escuchan confundidamente los gemidos de una dama encantada por un gigante, que ha deshecho las paredes del castillo y amontonado las rocas de los aluviones para ocultar la puerta de su palacio. Los buhos huyen espanta-

- (1) Genio del mal.

dos á su presencia, y las piedras de las canteras son abiertas con sus pisadas.

Los aldeanos, seducidos por los moros para llevar sus frutos á los graneros fabulosos del *Pico Sagro*, se han empobrecido.

Las doncellas no cruzan al anochecer el *Carballo das Cambas* sin encomendarse al patron de la aldea, temerosas de ser llevadas, como los sembrados, entre los remolinos de viento al *pozo del Pico-Sagro*.

En las noches de invierno se distinguen barcas fantásticas que atraviesan el rio. Génios invisibles mueven sus remos: acentos melancólicos salen de su entulado pabellon. Llevan á la orilla opuesta de *Ulla* los cadáveres insepultos de los moros.

La Reina Lupa, señora del remoto castillo del *Pico Sagro*, se convirtió al cristianismo, despues de observar, desde la ventana de su elevada torre, cómo los toros habian obedecido á los discipulos del Apóstol Santiago, conduciendo hasta el *Burgo de los Tamaricos* el cadáver de su maestro. El hilo de su rueca se convirtió en cuerda para la yunta, y un dragon alado apacó su ira á la señal de la cruz.

En la entrada subterránea del *pozo del Pico Sagro*, se encuentran los esqueletos de los cristianos que han llegado hasta sus galerías. Dos gigantes de hierro, movidos por un oculto resorte de la puerta, dejan caer sus martillos de bronce sobre las cabezas de los viajeros.

De la comarca ha desaparecido antaño una doncella. Es sorprendida por un encantador y conducida al *pozo del Pico-Sagro* en una litera de cristal. Se vuelve ciega y sorda. Amamanta al heredero del rey moro. No enflaquece ni se extenua: el mágico renueva su vida con la sangre de las culebras. Una mañana llega á sus oídos el murmullo del agua. Lleva á sus ojos una gota de este bálsamo y exhala un grito de admiracion: recobra la vista.

Entónces comparecen en su derredor salas de diamantes, jardines de esmeraldas y ventanas de rubies. Danzas fantásticas se celebran en galerías de oro. A su lado encuentra una fuente de plata, en cuya taza un niño deshace las perlas á puñados. En lontananza distingue una puerta de acero. Sus fuerzas se debilitan ántes de alcanzarla. De repente se levanta una roca movida por una palanca invisible, y se encuentra la doncella encantada en el *paso de san Juan da Cova*, cuando la campana de *Sta. Magdalena* tocaba á oraciones.

Un grito de espanto brota de sus labios. Enfrente la espera inmóvil el mágico.

—Cegad para siempre, exclama el moro; y los ojos de la doncella son vaciados por las garras de un azor.

La aldeana del valle es la perenne nedriza de los moros del *Pico Sagro*. Errante y vagamunda en las entrañas de la eminencia, lleva en sus brazos amores ajenos; ciega, sorda y muda, ha perdido lo que sólo se extravía en el dintel del sepulcro; ya no conserva los recuerdos del hogar doméstico.

La aldeana de la *Ulla brja* es el espectro de la maternidad. Su presencia esterilizaria á las matronas de la comarca.

Bien está entónces en el *pozo del Pico-Sagro*.

ANTONIO NEIRA DE MOQUERA.

Setiembre 1851.

A NEDA.

Neda. Neda, jardin de ventura,
aunque ausente de léjos te miro,
y á tu dulce recuerdo suspiro
por el bien que en tus playas dejé.

Quién pudiera cual nube que cruza,
al impulso del viento la esfera
ó cual ave que pasa ligera,
á tu suelo florido volver.

Del Belulle las mágicas flores,
rico aroma á tus auras e presta,
y al poniente en tus mares se acuesta
entre nubes de púrpura el sol.
cuántas veces al pié de tus lomas
ocurrirse te ví en tu horizonte,
ó al nacer tras la cima de monte
cuantas veces miré su arrebol.

Y luchando entre nubes y sombras
en la extensa region que ella puebla,
mil fantasmas formaba la niebla,
irisados con vivo maliz

Y más tarde sus b'ondos encages
al perderse en la noche corrian...
¡Ay! cual ellos las horas buian
de otros dias de amores feliz.

R. LOPEZ.

Santiago—1870.

GALICIA ZOOLOGICA.

EL LOBO NEGRO.

(Conclusion.)

Para su construccion se elige á la entrada de un bosque, distante doscientos pasos poco más ó menos de la casa de campo, el sitio conveniente para trazar un círculo de 8 piés de diámetro se cierra con estacas verticales de diez piés de largo, colocadas á la distancia de cinco á seis pulgadas, bastante enterradas y seguras para resistir los violentos empujes de la fiera. Alrededor, se forma otra estacada concéntrica á la primera dejando de hueco entre las dos dieziseis á dieziocho pulgadas, lo suficiente para que ande el lobo alrededor impidiéndole al propio tiempo tomar vuelo para saltar. La calle que queda entre las dos empalizadas debe estar bien apisonada, y si fuera posible, de piedra grande, porque este animal escarba mucho y pronto. En la estacada exterior habrá una puerta fuerte, con herrajes dobles, disponiéndola de modo que abriéndose de fuera á dentro y mantenida así por un picaporte, ceda al menor empuje, quedando perfectamente cerrada. En el centro del círculo interior se sujeta un corderillo ó ganso, los cuales al verse solos y atados, comienzan á gritar, y atraen al lobo, que hallando la puerta abierta, entra, recorre la calle, y al dar la vuelta tropieza con la puerta, la empuja, esta se cierra con violencia, y deja al lobo aprisionado, sin que pare en toda la noche de dar vueltas, á ver si puede atrapar el animal allí encerrado. Al

otro día al amanecer se visita la empalizada para matar al lobo si se halla encerrado, y pone en libertad al pobre animalito colocado en el centro.

Se calcula que puede durar la empalizada sobre veinte años, cogiéndose en este tiempo una porción de lobos.

Los antiguos ya usaban para coger los leones, panteras y lobos, de un medio parecido a los que acabamos de indicar. Hacían una amplia fosa en los sitios frecuentados por estos animales, dándole la profundidad necesaria para que no pudiesen brincar aún los más ágiles. En el centro dejaban una columna de tierra, sobre la cual colocaban una cabra, construyendo alrededor del todo una empalizada impenetrable ó sin salida. El animal atraído por los balidos de la cabra trataba de entrar; pero furioso y no hallando por donde, daba un brinco, salvaba la valla, para caer en la fosa, de la cual ya no podía salir. (1)

Se conocen otras varias trampas, algunas de hierro (2) parecidas á las de los ratones, cuyas ramas armadas de dientes, retienen al animal. Su peso es de veinticinco á treinta libras, pero esto no evita que haya que sujetarlas perfectamente al terreno. No las describimos por ser muy conocidas, ni otra multitud poco usadas, de cuya eficacia desconfiamos bastante.

El anzuelo de lobos, muy usado en Alemania, consiste en una caja de hierro ó madera de veintiocho líneas de largo, cuatro de ancho y tres de espesor, con una ranura lateral para que corra el eje que sostiene una lámina de hierro doblada y terminada por dos ganchos de tres puntas encorvadas hacia afuera; entre las dos ramas de la lámina así doblada, hay un muelle fuerte sosteniendo el todo por medio de una cuerda que atraviesa el agujero: dentro de la caja permanecen las ramas paralelas; pero al salir deslizándose el eje por las ranuras, el muelle tiende á separarlas con una abertura de 45°. El todo, cubierto por un trozo de carne, se cuelga de un árbol; el lobo pega un salto para acañarla, salen en este momento las ramas que constituyen el anzuelo, se clavan en la boca, y le sujetan.

El fusil de acecho, se carga con mucha pólvora y cuatro ó seis postas de bastante tamaño, porque una bala no remata la pieza; se coloca á las márgenes de los ríos ó cerca de las trochas ó otros sitios frecuentados por el lobo, colocándolo sobre cuatro palos en forma de aspa, de las cuales la delantera es más baja con objeto de dirigir la puntería al sitio conveniente: un cordel pasará desde el gatillo, por una argolla, sujeta en la aspa posterior, de modo que se dirija hacia atrás y de allí al aspa de antera, hasta unos tres ó cuatro pies por delante de la boca del arma, atando un perro muerto ó un trozo de carne, aunque esté podrida; pero lo que generalmente se coloca es un perro, por lo ya mencionado al ocuparnos de los venenos. Así todo dispuesto, y asegurados antes de que la escopeta está bien cargada, preparada, pronta para dar fuego al menor tiro, y bien encañonada, de modo que al salir el tiro hiera al lobo en el centro del cuerpo; se cubre

todo con corteza de pino, después ramaje ó paja, pero en tal desorden que no pueda el animal notar el peligro.

De esta suerte se logran coger no sólo los lobos, sino las zorras, que caen fácilmente de otra suerte.

Se tiene la costumbre, cuando cae algun lobo en los pozos ó fosos, de echar perros para verlos pelear: lo que no deja de ser bastante cruel. Algunos aldeanos están en la inteligencia de que puede bajar un hombre sin que se atreva el lobo á acometerle; pero bien caro pagaría su atrevimiento el osado que tal hiciere.

La espera es otro sistema que todos conocen, y por lo tanto nos parece excusado detenernos en su relación.

Las batidas ó monterías, tan comunes en Galicia en otros tiempos y que aún hoy no deja de verse alguna, consiste en formar un extenso cordón formado por dos mil y más hombres con toda clase de armas, rodear un sitio habitado por las fieras, estrechar más y más las distancias, y haciendo ruido con toda clase de objetos para echar la caza. Cuando algun lobo trata de huir por un flanco, las gaitas, tamboriles y cazadores le aturden con su infernal ruido; busca salida por otro lado, y le sucede lo mismo, hallándose además acosado por las traillas y ojeadores que penetran en la espesura. No hallando otra salida, se dirige á una red colocada en un punto determinado, quedando presos en ella; no obstante, se han visto algunos, romperla cuando no se acude á tiempo. La algarabía y broma que reina entre los cazadores, hace esta clase de caza muy divertida; pero para ser bien dirigida, se elige una persona competente: en Francia acostumbra á darse un piquete de Guardia civil para mantener el orden. Sin ésta la batida no será ordenada exponiéndose á mil desgracias. En las redes caen, lobos, zorras, javalies, y todo clase de animales montaraces.

Mucho se puede decir referente á las monterías, pero como nuestro trabajo no es un tratado de caza nos hemos limitado tan sólo á dar una ligerísima idea.

Aseguran los aldeanos que, si se encuentra un lobo y se sacan chispas con el estabon, se logra ahuyentarlo. Un correo conoci en Tuy que me aseguró haber traído varias veces los lobos una ó más leguas sin atreverse á investir, porque alaba la faja á la silla del caballo, lo que figurándosele al lobo que era un lazo, le temía y no se resolvía á dar el golpe.

También está muy admitido en todo el país, que es altamente peligroso el subirse á los árboles; porque el lobo escarba á rededor con gran prontitud para hacerle caer, devorando al desdichado que allí se refugiara; pero esto nos parece un tanto exagerado: lo que nos sucedió un día en que viéndonos perseguidos por dos lobos nos subimos á un árbol, fué que se comieran los perros al pié del mismo árbol sin que nuestras voces ni el tirarles ramas los alejara, porque no podíamos hacer otra cosa, habiéndonos quedado abajo la escopeta con la precipitación.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

Santiago—1861.

(1) Xenophonte, De venat. pág. 995.

(2) En Galicia les llaman trebellos y garamillos ó garamellos.

ULTIMO PENSAMIENTO.

Yo la escucho al piano,
ella le arranca un lánguido gemido,
y su trémula mano
puede el reflejo ser de mi latido.

Yo conozco el profundo
misterio de dolor de ese lamento,
adios de un moribundo,
de Weber el *postrero pensamiento*.

Yo sé cual me enamora
esa adorable nina, artista y bella:
cuando suene mi hora,
mi *postrer pensamiento* será ella.

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.

Madrid, 1874.

LA BARONESA DE FRIGE.

XIII.

En la soledad del océano.

Nunca yo hubiera hecho tal.

Rápida como gacela que vislumbra al cazador, Piedad se desenlazó de mis brazos y se puso de pié sobre el empanetado de popa, altiva, derecha, magestuosa.

—Caballero!...—exclamó con voz varonil.

Y sus ojos parecían despedir relámpagos de fuego, —y su cuerpo temblaba de indignación,—y toda su figura se agrandó por lo levantado de su actitud como si de repente se duplicara su estatura, ya de suyo elevada.

Ante aquella trasformacion incomprensible para mí, me quedé aterrado, con los ojos inclinados hácia el empanetado del bote, los brazos extendidos y temblorosos, casi á punto de desplomarme como el que recibe una estocada mortal. Cuando se había dilatado mi corazón momentos ántes en un trasporte de amor, tanto sentí que se contraía dolorosamente.

—Caballero,—repitió ella con un metal de voz más bajo y despreciativo;—he dicho mal al llamarle á V. caballero, porque V. nunca lo ha sido, ni lo será jamás. El villano, el que nació villano, siempre será vilano.

Yo me apoyé con una mano en el palo del bote, para no caerme. Quise hablar, quise sobreponerme á mi situación por un *tour d'esprit* y dominarla con un arranque propio de la altivez de mi raza,—pero aunque la noble sangre de los Lopez de Lemos circulaba por mis venas, el convencimiento de mi falta parecía petrificarme.

Mi palidez, mi actitud humildísima, las lágrimas prontas á desprenderse de mis ojos... todo esto no le inspiró compasion alguna á la baronesa,—y prosiguió mortificándome con el mayor desprecio.

—Si lo que acaba V. de hacer aquí, viéndome sola y abandonada, no lo coloca á V. en el último término de los villanos, lo coloca á V., al ménos, en el primer término de los bandidos.

Oh! cada una de estas palabras, no tanto por lo que en sí significaban, como por el acento desdenoso con que Piedad las pronunciaba, parecían otras tantas puntas de un puñal que penetraba en mis entrañas, y las ahondaba, y las desgarraba implacablemente.

Estuve por gritar:—«Señora, soy más noble y más poderoso que V. diez millones de veces, y nada hice de malo con abrazarla que no pueda reparar con la mayor satisfacción de V.» Pero revelar mi nombre en aquellos momentos, me pareció mucho más humillante que sufrir lo que sufría.

La baronesa prosiguió:

—Para hacer lo que V. acaba de hacer, se necesita ser muy infame, Sr. German; pero yo explico su atrevimiento audaz, no como hijo de un corazón depravado, sino como un rasgo de locura...

—Oh, si... si...!—tartamudée—estuve loco...

—Pues bien, señor German,—prorrumpió ella sin dejarme concluir,—á los locos como V. se les despide de mi casa, ó se les pone una camisa de fuerza.

Bastaba ya no podía oír más: ya Piedad lo acababa de decir todo. Me sentenciaba á lo más horrible para mí, á la pérdida de admirarla de cerca, de vivir para el caso en la intimidad de su vida. Ah! me despedía de Frige!

Entonces, al cerciorarme de esta desgracia, mi desesperacion llegó á su colmo: un sudor glacial inundó todo mi cuerpo: mi cabeza empezó á oscilar sobre mis hombros como si una fuerza potente é invisible soplara para separármela del tronco; sentí zumbidos dolorosísimos en mis oídos; mis párpados se cerraron con violencia como si las pupilas no pudieran soportar la luz del día, y extendiendo los brazos maquinalmente hácia la proa del bote, caí rendido de emocion sobre el enjaretado, enroscandome en fin en él como un león herido en la mitad del pecho.

La baronesa debió compadecerse de mí entonces, pues no se propasó á proferir otra palabra más al verme tan abatido: el esclavo volvía voluntariamente á remachar su cadena, y esta actitud mia sin duda la desarmaba.

XIV.

En las Furnas.

Mi situación moral era cruel.

Habermé visto cerca del cielo, casi penetrando en él cuando se entreabía para mí la grana y nácar de sus celages, y de repente ese cielo plegar sus arboles y arrojarme léjos de sí con fuerza, sumiéndome en las tinieblas de su desprecio,—cosa era en verdad para volverme loco.

Lo que acababa de ocurrir entré la baronesa y yo, casi me era imposible determinarle en mi inteligencia, velada por un trastorno ideológico de que apenas podía darme cuenta. Lo que sé, sí, que si me mandaran mirar para Piedad en aquellos momentos, no hubiera podido intentarlo siquiera, prefiriendo la muerte á volver á soportar una mirada suya como las que últimamente me dirigiera. No sólo había confusión en las tenebrosidades de mi espíritu, sino que había, sobre todo, vergüenza, bochorno, indignidad contra mí propio. Se agolpaba la sangre á mi corazón en oleadas de fuego y de tal modo, que hubo un momento en que creí que iba á estallar algo dentro de mi pecho parecido á la caldera de un vapor comprimida. Replegado en mí sér, concentrado en mí mismo como si nada más existiera, sufría en los senos del alma lo que no había sufrido en la vida. Habían huido todas mis ilusiones á la manera de bandada de palomas espantadas, y ni una só a me sonreía en las profundidades de mi intelectualidad.

Algo debió comprender la baronesa de cuanto me pasaba, pues modulando su voz de una manera dulcisima, de la manera que sabia aquella sirena fascinadora, interrumpió el silencio doloroso que reinaba y me dijo:

—Sr. German, yo quisiera izar la vela. Si V. está enfermo, como parece, yo lo haré como pueda, pero temo no poder atender á la vez al timon.

Yo no le contesté nada porque no podía; pero, aunque trémulo, me incorporé; enganché la vela con mis manos abrasadas, y la izé mientras ella cuidaba de la escota y del timon.

Después, me volví á sentar sobre el enjaretado de proa, ocultándome algo de Piedad con la mura.

Esta trasformacion de la voz de la baronesa, propia de la genialidad de su carácter, pareció suavizar algo la amargura de mi alma. Empecé por abrir los ojos en torno de mi y fijarlos resueltamente en el horizonte; pero por más que miraba delante del bote, las miradas eran sin alcance; no veía los objetos, como si contemplara dentro de mi propio ser, visiones más poderosas, fuera de las cuales nada podía ni quería haber. Abandonándome á aquel vértigo lleno de estremecimientos en que vibraba mi animo como el último resplandor de mi vitalidad, algunas lágrimas acudieron á mis ojos.

Lloré ..

Pero ¡aquellas lágrimas eran de despecho por la decepcion que sufría al verme contrariado en mis deseos?

No. Yo no quería mal á la baronesa en aquellos instantes, bien lo sabe Dios! Yo lloraba por mi mismo, por la evaporacion de mi amor, por aquella muger, en fin, á quien ya no podía ver jamás, ni digna ni indignamente. Falsas apreciaciones mías, una imprudencia fatal en fin, me habia precipitado en el abismo de su desprecio, — y nada pudiera hacerme reconquistar las simpatías suyas que habia perdido, perdiendo casi á la vez la sensacion de mi existencia.

Pugnaba por recordar lo ocurrido, detalle por detalle; y me era imposible idealizar la escena del abrazo: sólo conservaba en mi espíritu una impresion informe, que no parecia pertenecer determinadamente á mi cabeza ni á mi corazon, á mi inteligencia ni á mi sentimiento; pero si á cada molécula de la sangre que circulaba por mis arterias, onda tras onda de fuego.

A la vez que las lágrimas se deslizaban de mis ojos casi sin sentirlo, creía que la respiracion iba á faltarme á consecuencia de la accion que ejercia el aire sobre mi sangre abrasada; — y era tal la contractilidad muscular producida por la excitacion nerviosa, que no me daba cuenta de nada, como si, afectada hondamente mi intelectualidad á la vez que mi organismo, perdiera determinadamente la conciencia de mi ser.

En el abatimiento y torpeza de mis facultades afectivas, no quería formarme una idea concreta de Piedad, y si pugnaba una y otra vez por separar las cualidades del objeto y formar una idea abstracta de aquel ser especial y de cuanto acababa de pasar con él; pero esto se me hacia imposible de todo punto: — dentro del radio de su atmósfera, me sentia turbadísimo.

Y como si la baronesa conociera el estado psicológico en que me hallaba, y deseara modificarlo en mi obsequio, por otra de las singularidades propias de su carácter incomprensible, volvió á dirigirme la palabra dulcemente:

—Sr. German—me dijo,—V. que verá mejor que yo ¿vamos bien hacia el Seno de Nemiña?

Si la baronesa no me llamara la atencion sobre esto, seguramente que no me hubiera fijado en la direccion del bote hacia tierra, tal vez hasta el momento en que tocara la playa. Era tal mi abstraccion, mi recogimiento íntimo, que no me habia dado cuenta de lo que pasaba en torno de mi; — pero entonces, al cerciorarme de que navegábamos en demanda de la costa de Nemiña, nueva impresion dolorosa conmo-

vió mi organismo, pues cuanto más pronto saltara del bote, más pronto perderia ya á Piedad: — la idea de que iba á abandonar á Frige y por consiguiente á perderla, me taladraba el cráneo y contribuía á que todos los objetos tomaran para mi un tinte sombrío, glacial, completamente refractario á toda percepcion.

—No quiere V. contestarme, señor German?— volvió á preguntar con la misma ternura.

Yo me volví á estremecer de angustia: quería hablar, si, pero sentía como lazos de hielo en la lengua.

Hice un esfuerzo supremo por fin, — y contesté:

—Vamos muy bien, señora baronesa.

Sucedieron algunos momentos de silencio, y Piedad volvió á decirme:

—Señor German, venga V. al timon... me canso... quiero ir un poco á proa, donde V. vá.

Yo me levanté como movido por un resorte, obedeciéndola sin vacilar, — y me dirigí á la popa del bote, — y tomé los cordones del timon que ella me abandonaba.

La baronesa se trasladó al enjaretado de proa, conforme á sus deseos — y este cambio se efectuó sin que una sola vez mis ojos osasen elevarse hasta el cielo de los suyos, desde el infierno de mis dolores.

Naturalmente — yendo yo al timon y hallándose la baronesa sentada sobre el enjaretado de proa, tenía que llevar la vista casi clavada en ella para imprimir al bote un rumbo fijo; pero como si la baronesa conociera que esto debía serme muy violento, después de lo que habia pasado, se colocó de perfil, de un modo que casi me volvía la espalda.

Entonces — más que al rumbo del bote, mis ojos atenuaron á sus formas exbeltas y voluptuosas, por esa especie de inmantacion que debe comprenderse más que explicarse.

Yo luchaba conmigo mismo; yo quería fijarme, más que en la baronesa, en las nubes, en los ventisqueros, en las peladas rocas, en las verdes praderas que se perfilaban en lontananza, pero no podía conseguirlo. Por más que, á medida que nos aproximábamos á tierra, era sumamente poético é indescriptible el mágico aspecto de formas y colores que presentaban las cumbres sobrepuestas de Moquitian, Estorde y Sembra, arrancando de la ondulante superficie de la mar: por más que pugnaba, en fin, por fijarme en el obelisco gigantesco del monte denominado Faro de Cantorna al sudoeste, todo eso era imposible porque mandaba más traccion para mi la figura de Piedad inclinada sobre las olas, llenas de sol, que movía la brisa alrededor del bote.

Los contornos de su busto me fascinaban; su inclinacion era airosa y elegante; la brisa que rozaba sus cabellos negros y movía ligeramente sus rizos, tentadora, porque me traía sus perfumes; su oreja sonora como el interior de una concha, donde se balanceaba una perla como nacida en ella, tentadora también; y su actitud, que ni expresaba meditacion, ni melancolia, ni desconfianza de mi ni nada de cuanto habia pasado entre ámbos... todo, todo volvía á enardecerme y á excitar mi sensualismo, — cosa en verdad que me parecia inexplicable. Era, pues, evidente que Satanás quería perderme otra vez, impulsándome á una nueva imprudencia puesto que empezaba á olvidarme de cuanto me habia sucedido una hora ántes perdiendo hasta la sensacion del recuerdo: — los deseos voluptuosos abrasaban la sangre de mis venas, envolviéndome en una atmósfera de voragosidad cuyo foco, cuya voragine era Piedad misma: — el vulgo la habia calificado exáctamente, era un ángel y un demonio á la vez!

BENITO VICETTO.

(Se continuará).